

sumário

Emocionado com o convite do Papa para a celebração do Sínodo, Dom Gregório Rosa Chavez, analisa a partir de todos os pontos possíveis, o conceito de solidariedade e as suas implicações pastorais, através das mediações proféticas, de comunhão, celebrativa e diaconal e, finalmente, apresenta como o encontro com Jesus Cristo, torna possível a verdadeira sabedoria.

**Jesucristo,
camino para la
solidaridad en
América Latina**

Mons. Gregorio Rosa Chávez

Obispo Auxiliar de San Salvador, responsable de la Sección de Pastoral para la Cultura del CELAM

medellín

Introducción

Cuando escuché al Papa Juan Pablo II anunciar -en el discurso inaugural de la Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano- su intención de convocar un «Encuentro de representantes de los Episcopados de todo el Continente americano, que podría tener también carácter sinodal» (*Discurso inaugural*, 17), sentí una gran emoción. ¿Un Sínodo para qué? La respuesta vino a renglón seguido: «en orden a incrementar la cooperación entre las diversas Iglesias particulares en los distintos campos de la pastoral y en el que, dentro del marco de la nueva evangelización y como expresión de comunión episcopal, se afronten también *los problemas relativos a la justicia y la solidaridad entre todas las naciones de América*» (Ibid.; la cursiva es mía). Esta iniciativa -estamos en 1992- la lanza el Santo Padre «a las puertas del tercer milenio cristiano y en unos tiempos en que han caído muchas barreras y fronteras ideológicas» (Ibid.)¹.

En ese contexto, la Iglesia «siente como un deber ineludible unir espiritualmente aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente y, a la vez, desde la misión religiosa que le es propia, *impulsar un espíritu solidario* entre todos ellos, que permita en modo particular, encontrar vías de solución a las dramáticas situaciones de amplios sectores de población que aspiran a *un legítimo progreso integral y a condiciones de vida más justas y dignas*» (Ibid.; la cursiva es mía).

304

¹ En "*Tertio Millennio Adveniente*" el Santo Padre se refiere a los Sínodos de carácter continental ya celebrados (Europa y Africa) o en preparación. Cuando habla del Sínodo de América dice que éste tratará, entre otras cosas, "sobre la cuestión de la justicia y de las *relaciones económicas internacionales*, considerando la enorme desigualdad entre el Norte y Sur" (TMA, 38; la cursiva es mía).

Es importante señalar que el Vicario de Cristo formula la propuesta del *Sínodo de América* en la tercera parte de su discurso, dedicado a la promoción humana. Ha preparado el escenario con afirmaciones fundamentales como éstas: «el hombre -no el hombre abstracto, sino el hombre concreto e histórico- 'es el primer camino que ella debe recorrer en el cumplimiento de su misión' (RH, 14) (*Discurso inaugural*, 13). De ahí que «la promoción humana ha de ser consecuencia lógica de la evangelización, la cual tiende a la liberación integral de la persona (cfr. EN, 29-39)» (Ibid.). Hay una segunda afirmación capital: «La preocupación por lo social 'forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia' (SRS, 41) y es también 'parte esencial del mensaje cristiano' (CA, 5)» (Ibid.). Concluye el argumento apoyándose en el Concilio Vaticano II, donde se afirma que «el problema de la promoción humana no se puede considerar al margen de la relación del hombre con Dios (cfr. GS, 43.45). En efecto, contraponer la promoción auténticamente humana y el proyecto de Dios sobre la humanidad es una grave distorsión, fruto de una cierta mentalidad de inspiración secularista» (Ibid.).

Juan Pablo II al definir el tema del Sínodo de América, nos ofrece una formulación muy coherente con su visión de la promoción humana, al introducir la categoría de *solidaridad*: «*Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*». De esta solidaridad trata el presente artículo.

Organizaré mi reflexión en cuatro momentos, presentando, en primer lugar, una visión global de los *Lineamenta* del Sínodo de América, con énfasis en la cuarta parte. Vendrá luego un acercamiento al concepto de *solidaridad*, tanto en el magisterio pontificio de los últimos años como en los documentos preparatorios de la Cuarta Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Veremos luego el aporte de Santo Domingo en la perspectiva del triple ministerio de Cristo. La parte final estará consagrada a Jesucristo, como camino de solidaridad, en el marco del Gran Jubileo.

1. Leyendo los “Lineamenta” del Sínodo de América

1.1. Mirada de conjunto

El tema escogido por el Papa para el Sínodo de América encierra toda la dinámica de un proceso evangelizador: el anuncio del Kerygma, la opción por Jesucristo, la incorporación a la comunidad de los creyentes y el servicio al mundo. Esta trabazón interna no aparece con suficiente claridad en el texto de los *«Lineamenta»*, pero encontramos algunos párrafos muy sugestivos al respecto.

Uno de estos textos está en el n. 29: «El encuentro con Cristo vivo conduce siempre a la conversión y a la reconciliación con Cristo y con el prójimo, culmina en la comunión de vida con El y fructifica en la solidaridad con los necesitados». Otra fórmula que intenta dar una visión de conjunto del tema del Sínodo la tenemos en la introducción: «Con el objeto de afianzar y robustecer la vida cristiana de los pueblos y hacerla irradiar en todos los ámbitos de la sociedad y de la vida contemporánea, los Pastores del Pueblo de Dios desean proponer una nueva evangelización que estimule el encuentro personal de los hombres y mujeres de América con *Jesucristo* vivo. El invita a la *conversión*, para poder vivir en *comunión* con el *Padre* y para dejarse transformar por el Espíritu en instrumentos de *solidaridad* fraterna» (Ibid., 3).

Entre las áreas donde es más necesaria la *conversión*, los *«Lineamenta»* señalan el campo de las estructuras sociales, las cuales «no siempre se rigen por criterios de equidad y solidaridad» (Ibid., 25). La misma idea aparece a propósito de la *comunión*, la cual ciertamente «es obra de la Trinidad, querida por el Padre, realizada por el Espíritu Santo, y continuada en la Iglesia, como realidad misteriosa y como tarea por desarrollar en la historia» (Ibid., 31). De la visión trinitaria pasa al campo concreto, al afirmar: «La Iglesia va tejiendo *comunión* guiada por el Espíritu en los diversos campos de la vida del Pueblo de Dios y en la vida de la sociedad la civil» (Ibid.).

Signos luminosos de la *comunión* viva entre los miembros de la Iglesia y de la sociedad son «el estudio y la aplicación

siempre más amplios y esclarecedores de la *Doctrina Social de la Iglesia*, así como el ejercicio de la *solidaridad* no sólo en el ámbito regional y nacional, sino también internacional» (Ibid., 32; la cursiva es mía).

En el apartado sobre «metas y desafíos», se habla de la unidad que están logrando los medios de comunicación social, los cuales van convirtiendo nuestro planeta en una «aldea global» (cfr. Ibid., 47). Esta es la prueba mayor de que estamos entrando en un mundo cada vez más globalizado: «Basta sólo pensar en la 'Internet' (como pista de información y comunicación internacional)» (Ibid.). Aquí está planteado un desafío formidable: en un mundo cada vez más globalizado, ¿lograremos los cristianos «globalizar la solidaridad»? El Sínodo de América debe tomar en serio este reto².

² Suele hablarse de *Internet* con gran entusiasmo, como una gran oportunidad por su carácter interactivo. Sin embargo, esta visión optimista puede entrar en crisis muy pronto.

"*Le Monde Diplomatique*", en su edición de marzo de este año, se pregunta, en un artículo de primera página firmado por Dan Schiller quién controlará la red *Internet*. Se trata de una batalla a escala planetaria para dominar los 3 sectores industriales -computación, televisión y telefonía- que intervienen en esta "red de redes". Comentando un editorial de la revista estadounidense *Wired*, el autor escribe: "El grupo que reinará en *Internet* dominará el mundo de la comunicación del mañana, con todos los riesgos que ello conlleva para la cultura y la libertad de espíritu de los ciudadanos".

La pregunta clave es la siguiente: "está por llegar el final de la interactividad que fue la clave del éxito de *Internet* en sus orígenes y que lo hacía aparecer como un medio revolucionario?"

El artículo en mención, que está muy bien documentado, habla de las alianzas estratégicas de dimensión mundial que se están estableciendo. El pronóstico es más bien sombrío: al paso que vamos, *Internet* dejará de ser un medio activo (*pull medium*) para convertirse en un medio pasivo (*push medium*). En conclusión, los espacios de libertad están cediendo ante los intereses comerciales. *Internet* se está convirtiendo rápidamente en una especie de "televisión en red".

Como se sabe, la Santa Sede está presente en *Internet* desde el domingo de Pascua (<http://www.vatican.va>).

Más detalles en el Boletín Informativo del Vaticano (VIS) de los días 24 de marzo, 3 y 4 de abril del presente año.

1.2. La solidaridad, según los «Lineamenta»

La cuarta parte de los «Lineamenta», titulada «Jesucristo, camino para la solidaridad», se abre con un sugestivo subtítulo: «La solidaridad nace de la comunión». Su primera afirmación va directamente al grano: «La *comunión*, rectamente entendida y vivida, es el preámbulo natural y como la raíz de la *solidaridad*» (n. 48; la cursiva es mía). En el mismo número, se afirma: «Gran parte de los problemas que hoy afligen a diversos pueblos en el Continente tienen su origen en causas económicas y sociales coyunturales que pueden ser superadas si cada cual, personas o grupos humanos o incluso Estados, aplican el *principio de la solidaridad*» (Ibid.; la cursiva es mía). Sigue inmediatamente una toma de conciencia de la nueva realidad mundial: «Lo que en otros tiempos se hacía con personas individuales, hoy ha de realizarse con pueblos y aún con naciones enteras, dada la actual interdependencia económica, cultural y política» (Ibid.).

La respuesta a este problema pasa por la doctrina social de la Iglesia, la cual «presenta una idea integral del hombre, de la justicia, del desarrollo y de la solidaridad» (Ibid., 49). En la visión cristiana el hombre es «la medida y el centro de toda actividad económica, política, social y cultural» (Ibid.). A eso se hace referencia cuando la enseñanza social de la Iglesia habla de «*desarrollo integral*» o de «*desarrollo auténtico*».

El documento da un paso más al afirmar que el hombre y la mujer son seres sociales a quienes Dios ama por sí mismos: «Esto significa que aunque Dios los haya creado como miembros de una comunidad, el problema social implica necesariamente el desarrollo integral del hombre y de la mujer. De aquí brota el *deber* constante de la *solidaridad* entre individuos, grupos y pueblos para que hombres y mujeres puedan alcanzar la propia realización de acuerdo al plan de Dios» (Ibid., 50). En efecto, la solidaridad «nace de la comunión y afina sus raíces en la unión con Cristo, con el Padre y con el Espíritu Santo» (Ibid.).

En el mismo número leemos que «la caridad y la solidaridad son exigencias de una fe operosa (sic)» porque, como dice Santiago, «la fe, si no tiene obras, está realmente muerta (St 2, 14-17)». Por

consiguiente, si Jesús lavó los pies de los discípulos, «los cristianos están llamados a expresar la comunión fraterna en el servicio solidario unos a favor de los otros (cfr. Jn 13, 1ss). Este amor, que se manifiesta en el servicio solidario y es el testimonio más eficaz de la evangelización, encierra en sí mismo toda la potencia capaz de transformar verdaderamente la sociedad» (Ibid., 51). El documento presinodal nos recuerda la enseñanza del Señor: «Es un amor solidario que, en definitiva, determinará el destino personal: 'cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis' (Mt 25, 40)» (Ibid.).

En uno de sus párrafos más proféticos, los «*Lineamenta*» evocan la opción especial de la Iglesia latinoamericana por los pobres, acción que ha estimulado la reflexión teológica. Esta «se apoya sobre tres pilares: la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre» (Ibid., n. 52)³.

Sigue una importante precisión en el n. 52: la distinción y la necesaria interrelación entre evangelización y promoción de la justicia. Para ello, el documento presinodal cita textualmente la segunda Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la libertad cristiana y la liberación: «La Iglesia pone todo su interés en mantener clara y firmemente a la vez la unidad y la distinción entre evangelización y promoción humana: unidad, porque ella busca el bien total del hombre, distinción, porque estas dos tareas forman parte, por títulos diversos, de su misión» (*Libertatis Conscientia*, 70).

1.3. Ante la insolidaridad...

Tenemos ya una idea general de lo que dicen que los «*Lineamenta*» sobre la solidaridad, en general. Veremos ahora «algunos problemas sociales urgentes y sus causas».

Hay una interesante enumeración de los problemas más citados en los documentos mayores de los episcopados canadiense, estadounidense y latinoamericano: «la pobreza, la injusticia, la

³ La nota en pie de página nos remite a la instrucción «*Libertatis nuntius*» V, 8 y al discurso inaugural de Juan Pablo II en Puebla (I, 2-9). Encontramos la misma idea de la triple verdad en *Sollicitudo rei socialis* (n. 41).

migración, las relaciones económicas internacionales, la expansión de las multinacionales, el libre mercado, la deuda externa, la disparidad en el desarrollo y la desigual distribución de las riquezas entre Norte, el Centro y el Sur del Continente, *la falta de solidaridad*, el comercio clandestino de la droga, la situación de la mujer en algunos países, el derecho de las minorías étnicas (sobre todo de indígenas y afroamericanos), los problemas de salud, etc. A estos aspectos hay que sumar los nuevos problemas que últimamente plantea el avance científico en el campo de la bioética, sobre todo en lo que se refiere a la manipulación genética» (*Lineamenta*, 53; la cursiva es mía).

El número siguiente subraya la problemática del empleo. Al respecto recuerda la frase lapidaria de Juan Pablo II: «el trabajo humano es una clave, quizá la *clave esencial*, de toda la cuestión social, si tratamos de verla verdaderamente desde el bien del hombre» (*Laborem exercens*, 3). Partiendo de esta afirmación programática se plantea el problema tan actual de la globalización⁴.

Llevar el mensaje de la Iglesia es imposible sin la colaboración de los medios de comunicación social. Aquí la realidad es desafiante: «El desafío de la nueva evangelización en el Continente americano consiste en encontrar el modo de usar los medios de comunicación disponibles para que la Doctrina Social de la Iglesia sea más conocida» (Ibid.).

Ante un cuadro tan sombrío, se impone una conclusión: a la raíz de estos problemas hay una causa moral. «En la Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* el Papa Juan Pablo II afirma claramente que entre las actitudes que contribuyen al desequilibrio económico deben tenerse presentes 'el afán de ganancia exclusiva y la sed de poder'. Tales actitudes dan origen a otras omisiones o comisiones negativas que terminan por crear las estructuras de pecado que, a su vez, acentúan las divisiones que existen entre

⁴ Al respecto leemos: «Otro aspecto que merece una particular atención es el relacionado con las compañías transnacionales, que en los últimos tiempos han adquirido gran poder y que tendrán aún más importancia con la globalización del mercado» (*Lineamenta*, 54).

los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco» (Ibid., 55).

1.4. ...debemos cultivar la virtud de la solidaridad

«Si la causa es moral, la solución tiene que ser moral», afirma con lógica contundente el documento presinodal. Y añade: «Por eso, el Papa Juan Pablo II propone el cultivo de *la virtud de la solidaridad*, entendida como la reacción moralmente exigida al constatar la injusticia de las condiciones sociales en que hoy viven muchos seres humanos» (Ibid., 55; la cursiva es mía).

¿Cómo actuar, sobre todo cuando la complejidad de los problemas sociales provoca diversidad de opiniones? Los «*Lineamenta*» ofrecen un criterio, inspirándose en Juan XXIII, quien aconseja «no derrochar sus energías en discusiones interminables, y, so pretexto de lo mejor, no se descuiden de realizar el bien que les es posible y, por tanto, obligatorio» (*Mater et Magistra*, 238). No deja de sorprender positivamente lo que afirma a continuación el documento presinodal: «Una manera de hacer más efectivo el razonamiento práctico es tratar siempre de *ponerse en el lugar de los pobres*» (Ibid., 56; la cursiva es mía). «Para poder llevar a cabo esto conviene no olvidar la regla de oro: 'hacer a los demás lo que tú quieres que te hagan a ti'» (Ibid.).

Estas audaces afirmaciones de los «*Lineamenta*» invitan a una *conversión* profunda, «dado que la raíz de la injusticia está, como ha sido dicho anteriormente, en el campo *moral*» (Ibid.). Se tiene clara conciencia de las dificultades: «La enseñanza social de la Iglesia es exigente, porque el Evangelio también lo es, pero para entrar en el espíritu del Evangelio es necesaria la *conversión*; que es un *cambio de corazón y de mentalidad*. Este cambio interior conduce, cuando es auténtico, a cambios en el modo de actuar» (Ibid., n. 61; la cursiva es mía).

Para entrar por los caminos de la solidaridad es absolutamente necesaria -según los «*Lineamenta*»- «la *formación de la conciencia ética* de quienes puedan influir decisivamente en programas y políticas económicas, de comunicación social, de cultura, de

sanidad, etc.» (Ibid., n. 60; la cursiva es mía). También se necesita la formación, en doctrina social de la Iglesia, de sacerdotes, religiosos y religiosas⁵.

El quinto y último apartado recoge algunas «aspiraciones y desafíos de la Iglesia en América» (nn. 60-64). Un desafío es - como vimos arriba- la formación de la conciencia ética de los dirigentes. Otro es el testimonio de comunión en la solidaridad, como se dio en los albores del cristianismo: «El ejemplo de la primitiva comunidad apostólica sigue siendo inspirador en el campo de una real comunión y participación de bienes incluso materiales» (Ibid., 60). Sigue la cita textual de Hch 4, 32-35⁶.

Todo lo anterior se puede formular en términos de cultura: «evangelizando la cultura es posible promover las relaciones humanas que reflejen el mandamiento del amor, ya sea hacia Dios, ya sea hacia los hombres a través de formas concretas de *solidaridad fraterna*» (Ibid., 62; la cursiva es mía). El final del número es denso e inspirador: «Conocer, respetar, promover la cultura de cada grupo étnico, anunciar el Evangelio a cada cultura para que ésta, una vez evangelizada, exprese en sus propias formas el contenido del Evangelio: tal es el proceso circular de la *inculturación* que se presenta como meta a alcanzar en la nueva evangelización» (Ibid.; la cursiva es mía)⁷.

⁵ La formación en este campo tiene un doble objetivo: «por un lado, llegar, a la luz de los principios permanentes, a un juicio objetivo sobre la realidad social, y por otro, concretar las opciones más adecuadas que eliminen las injusticias y favorezcan las transformaciones políticas, económicas y culturales de acuerdo a las circunstancias particulares de cada caso» (Ibid., 58).

⁶ Esta cita es uno de los "sumarios" que describen la vida de la primera comunidad cristiana. Los otros son: Hch 2, 42-43.47c; 2, 44-46.47abc y 5,12-14. El primero de estos pasajes es llamado "el sumario de los sumarios" porque contiene todos los elementos que caracterizan la vida de la Iglesia naciente en Jerusalén: la enseñanza y testimonio de los apóstoles, la comunión fraterna, la fracción del pan, la oración y asistencia al templo, las simpatías entre el pueblo, los signos y prodigios que hacían y el crecimiento numérico. Para más detalles, cfr. M. GOURGUES, *Misión y comunidad*. Hch 1-12, cuadernos bíblicos, 60. Verbo Divino, Estella, 1988.

⁷ Monseñor Antonio Do Carmo Cheuiche, gran especialista latinoamericano en el tema de la inculturación, considera capital tener presente lo que Juan Pablo II, un mes antes de la IV Conferencia, dijo a los miembros de la



2. La solidaridad en el Magisterio Pontificio

Hemos hecho alusión en varias ocasiones a la doctrina social de la Iglesia. ¿Cuál es su concepción de la solidaridad? Veremos el tema tomando dos puntos de referencia fundamentales: las encíclicas *Populorum Progressio* y *Sollicitudo rei socialis*.

2.1. Desarrollo y solidaridad

En una obra de gran valor pedagógico, el P. Hervé Carrier explica magistralmente «el nuevo enfoque de la doctrina social de la Iglesia»⁸.

La primera parte trata sobre los orígenes y la importancia actual de la Doctrina social de la Iglesia. La segunda presenta las principales encíclicas sociales, desde *Rerum Novarum* hasta *Sollicitudo Rei Socialis*. El último tema de esta guía de estudio es la presentación de *Sollicitudo Rei Socialis*. El título del capítulo X es significativo: «El desarrollo se basa en la solidaridad de todos» (p. 184). El autor nos recuerda que Juan Pablo II publicó esta encíclica en el 20 aniversario de *Populorum Progressio*, la gran encíclica dedicada al desarrollo. El desarrollo humano tiene una dimensión ética, cultural y religiosa. No puede, pues, quedar reducido a lo económico, aunque lo incluye.

El Papa Wojtyła, después de recordar que «la Iglesia no tiene *soluciones técnicas* que ofrecer al problema del desarrollo en cuanto tal» (SRS, n. 41), reafirma que la Iglesia es «experta en humanidad» (PP, 13), que «esto la mueve a extender necesariamente su misión religiosa a los diversos campos en que los hombres y mujeres desarrollan sus actividades» (SRS, 41).

Y así llega a esta afirmación fundamental: «El desarrollo, para que sea auténtico, es decir, conforme a la dignidad del hombre y de los pueblos, no puede ser reducido solamente a un

313

Comisión Internacional de Catequesis: «La inculturación es *el medio, el centro y el objetivo* de la Nueva Evangelización».

⁸ H. CARRIER, *El nuevo enfoque de la Doctrina Social de la Iglesia*, Pontificio Consejo Justicia y Paz, Ciudad del Vaticano, s.f.



problema 'técnico' (Ibid.). La Iglesia expresa su palabra al respeto como parte de «su *misión evangelizadora*, ya que da su primera contribución a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta» (Ibid.).

En la perspectiva de la Iglesia, la cuestión del desarrollo es una cuestión moral (cfr. Ibid.). Por tanto, «la doctrina social de la Iglesia no es una 'tercera vía' entre el *capitalismo liberal* y el *colectivismo marxista*, y ni siquiera una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente, sino que tiene una *categoría propia*» (Ibid.). Tampoco es una ideología. Pertenece más bien al ámbito «de la teología moral» (Ibid.).

La enseñanza social de la Iglesia tiene una función profética. Por tanto forma parte de su misión evangelizadora: «Al ejercicio de este *ministerio de evangelización* en el campo social, que es un aspecto de la *función profética* de la Iglesia, pertenece también la *denuncia* de los males y de las injusticias. Pero conviene aclarar que el *anuncio* es siempre más importante que la *denuncia*, y que ésta no puede prescindir de aquél que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta» (Ibid.).

En este campo se sitúa como una exigencia improrrogable la opción preferencial *por los pobres*, que el Papa coloca aquí en un marco de dimensiones mundiales: «este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al 'rico epulón' que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta» (SRS, 42).

Para nuestro propósito cobran especial relevancia nos nn. 38-40, de SRS dedicados expresamente a *la solidaridad*. Esta no es «un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la *determinación firme y perseverante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y de cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» (n. 38). Lo dicho se aplica a las personas y también, por analogía, a las relaciones

internacionales: "La interdependencia debe convertirse en *solidaridad*, fundada en el principio de que los bienes de la creación *están destinados a todos*". (Ibid., 39)

Juan Pablo II evoca la famosa frase de Pablo VI, *El desarrollo es el nuevo nombre de la paz* (PP, 87), para afirmar a continuación: "De esta manera, la solidaridad que proponemos es un *camino hacia la paz y hacia el desarrollo*" (SRS, Ibid.). Y aquí viene la novedad: basándose en el lema de Pío XII, *Opus iustitiae pax* (la paz es fruto de la justicia), escribe: "Hoy se podría decir, con la misma exactitud y análoga fuerza de inspiración bíblica (cfr. Is 32, 17; Sant 32, 17), *Opus solidaritatis pax*, la paz como fruto de la solidaridad" (Ibid.). Me parece que apenas hemos explorado toda la potencialidad de esta propuesta pontificia.

Ya hemos recordado que la solidaridad es una virtud cristiana, con muchos puntos de contacto con "la *caridad*, que es signo distintivo de los discípulos de Cristo" (Ibid., 40).

2.2. «Sollicitudo rei socialis» y el principio de solidaridad

Otro instrumento valioso para acercarnos al tema es una publicación de la Congregación para la Educación Católica⁹. Dedicar un número a la solidaridad y la subsidiariedad:

«La solidaridad y la 'subsidiariedad' son otros dos principios que regulan la vida social. Según el principio de solidaridad toda persona, como miembro de la sociedad, está indisolublemente ligada al destino de la misma y, en virtud del Evangelio, al destino de salvación de todos los hombres. En la reciente encíclica *Sollicitudo rei socialis*, el Papa ha subrayado particularmente la importancia de este principio, calificándolo como una virtud humana y cristiana»
(Orientaciones..., n. 38).

⁹ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes*, Roma 1988.

Y a renglón seguido añade:

«Las exigencias éticas de la solidaridad requieren que todos los hombres, los grupos y las comunidades locales, las asociaciones y organizaciones, las naciones y los continentes participen en la gestión de todas las actividades de la vida económica, política y cultural, superando toda concepción puramente individualista. Complemento de la solidaridad debe considerarse la '*subsidiariedad*' que protege a la persona humana, a las comunidades locales y a los 'grupos intermedios' de perder su legítima autonomía» (Ibid.; la cursiva es mía).

También es digno de atención el planteamiento sobre los «valores para el desarrollo», que cierran el capítulo III; estos son: la dignidad humana y sus exigencias éticas y trascendentes; una ética de responsabilidad y solidaridad entre los pueblos y de justicia social; una revisión del sentido del trabajo, que conlleva una redistribución más equitativa del mismo (Cfr. Ibid., n. 46).

El capítulo VI ofrece orientaciones para la acción social (nn. 54-65). Se trata de indicar algunos criterios de acción. Estos son parte del esfuerzo de la Iglesia para ayudar a los cristianos a «situarse ante las nuevas situaciones con una conciencia bien formada según las exigencias éticas del Evangelio y con una sensibilidad social verdaderamente cristiana, madurada a través del estudio atento de las diversas declaraciones del Magisterio» (Ibid. n. 54). ¿Cuáles son esos criterios?: el respeto a la dignidad de la persona humana, el diálogo respetuoso, la lucha por la justicia y la solidaridad sociales (Cfr. Ibid., n. 57).

3. La solidaridad en el camino hacia Santo Domingo

Personalmente estoy convencido de que cuando Juan Pablo II decidió poner la promoción humana como parte integrante del tema de la Cuarta Conferencia del Episcopado Latinoamericano, se dio un salto cualitativo hacia una fe que realmente se haga historia y construya historia. Para explicar mi pensamiento considero necesario recordar algunas enseñanzas del magisterio

latinoamericano a propósito del tema fijado por el Papa: *Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo, ayer, hoy y siempre*. Naturalmente, el énfasis lo pondremos en la solidaridad.

3.1. “Una nueva evangelización para una nueva cultura”

En una reunión de directivos del CELAM se nos pidió redactar una formulación del tema de la Cuarta Conferencia, a fin de proponerla, a modo de sugerencia, al Santo Padre. Por supuesto, dicha formulación tenía que partir del proyecto de la nueva evangelización propuesto por el Papa en Haití, en marzo de 1983. Nos parecía que no podía faltar el tema de la evangelización de la cultura, proclamada en 1979 como la gran opción pastoral de Puebla: «La acción evangelizadora de nuestra Iglesia latinoamericana ha de tener como meta general la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura» (n. 395; la cursiva es mía). Después de un intenso ejercicio mental, los directivos del CELAM nos pusimos de acuerdo en la siguiente formulación: *Una nueva evangelización para una nueva cultura*. El término «para» tenía una doble significación: para una nueva cultura cada vez más omnipresente; y para que surja una nueva cultura marcada por los valores del Evangelio.

Como un comentario a ese tema provisional de la Cuarta Conferencia, se publicó, en febrero de 1990, el primer material de apoyo. La presidencia del CELAM, que estaba a punto de concluir su gestión, no se atrevió a considerarlo como Documento de Consulta y le dio un título más modesto: *Elementos para una reflexión pastoral en preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*.

En este libro de doscientas páginas, se examina la crisis de los grandes sistemas -el inspirado en el *capitalismo liberal* y el *colectivismo marxista*- a la luz de *Sollicitudo Rei Socialis*. Particularmente interesante es el n. 960, que recoge la llamada del Papa en favor de un desarrollo *integral* (cfr. SRS, 29).

Pero el aporte más original de este instrumento preparatorio es el «llamado a la solidaridad» (nn.963s), que se dirige tanto a las

naciones del Norte como a las del Sur. A los países desarrollados se les pide «que no realicen sus programas y sus planificaciones económicas como si sólo sus naciones existieran en el mundo» (n. 964). La exhortación a los pueblos latinoamericanos es vehemente: «Que nadie explote, oprima o anule a otro; que nadie defraude a otro en lo que le es debido; que el trabajo se realice con nobleza y obtenga la recompensa que le corresponde; que todos nos esforcemos, cada cual en su puesto, por el bien común» (ibid.)¹⁰.

Entretanto se trabajaba arduamente en la redacción del *Documento de Consulta* de la IV Conferencia. Este segundo instrumento preparatorio fue entregado durante la Asamblea Extraordinaria del CELAM (febrero de 1991) para que fuera divulgado y estudiado en cada país.

Termina 1991 con la publicación de la *Prima Relatio*, que abarca el período comprendido entre el primer proceso de reflexión hasta la aparición del Documento de Consulta. Ante la grave crisis social y económica, afirma: «El gran desafío es el del amor, la justicia y la fraternidad. La *solidaridad* será entonces la nueva cultura» (p. 38; subrayado en el original). En esta perspectiva se renueva la «opción por los pobres, como los primeros destinatarios de la Buena Noticia del Reino y llamados a ser evangelizadores, constructores de una sociedad más justa, fraterna y *solidaria*» (ibid., p. 101; la cursiva es mía).

La *Prima Relatio* fue un documento modesto. En cambio, fueron tantos los elogios a la *Secunda Relatio* (febrero 1992), que el CELAM la publicó en forma de libro con el subtítulo *Albores de Santo Domingo. Hablan las Conferencias* (colección Documentos CELAM, 129). Este extraordinario instrumento merece ser examinado con cierto detalle.

¹⁰ El texto se mantuvo en los otros instrumentos preparatorios: *Prima Relatio* (...); *Documento de Consulta* (n. 498) y en la *Secunda Relatio* (Cap. 4,8.3).

3.2. Los pastores se comprometen con la solidaridad

La *Secunda Relatio* se presenta como una «síntesis de aportes al Documento de Consulta» provenientes de las Conferencias Episcopales y otros organismos de Iglesia. Es sorprendente la fidelidad con que reflejan las contribuciones. A esto se suma la calidad de la elaboración hecha por los autores de la síntesis.

Los aportes recibidos piden que «Jesucristo, ayer, hoy y siempre», sea «el hilo conductor, el elemento central y unificador, pues Jesús es el centro de la Nueva Evangelización, la cual anuncia la presencia viva de Jesucristo, celebrada como vida y a partir de la cultura de las gentes, de su lenguaje y de su mentalidad» (*Secunda Relatio*, Introducción, 4).

Inmediatamente después añade algo fundamental para nuestro tema: «Junto a Jesús, el eje del documento debe ser la problemática de la pobreza; por tanto, la opción preferencial por los pobres debe seguir siendo el criterio estructural de la vida y de la misión de la Iglesia en América Latina, y no sólo un criterio espiritual» (Ibid.). Y todo esto como fruto de la docilidad al Espíritu: «El nos llama con vigor profético a impulsar la vida cristiana y la misión, a vivir una espiritualidad encarnada como fuerza transformadora del Evangelio, que dinamiza la dimensión misionera de la Iglesia y el ardor que pide la Nueva Evangelización» (Ibid.).

Al examinar la realidad social, la *Secunda Relatio* señala que «vivimos en un mundo cada vez más interdependiente (...). Estas relaciones internacionales son cada vez más asimétricas, razón por la cual se va profundizando rápidamente la desigualdad económica entre los países desarrollados y los del Tercer Mundo, así como dentro de cada uno de estos países, entre los sectores más privilegiados y las clases pobres» (Ibid., cap. 2,2.3)¹¹.

¹¹ Se refuerza esta afirmación con una cita textual de *Sollicitudo Rei Socialis* (n. 9), a la que sigue un poco más adelante esta dura advertencia de Juan Pablo II, pronunciada en Edmonton, Canadá: «Este Sur pobre es el que juzgará al Norte opulento. Los pueblos y las naciones pobres juzgarán a aquellos que les arrebatan sus bienes, reservándose para ellos el monopolio imperialista del predominio económico y político a expensas de los otros».

En el capítulo 2, la «cultura cristiana» o «evangelización de la cultura» es vista «como un proceso dinámico que abarca todos los aspectos de la vida personal y social. Proceso en el que, a partir de la presencia de los cristianos en esos esfuerzos por construir una *cultura de la solidaridad*, se disciernen y se anuncian aquellos hechos que son signo de la irrupción renovadora del Reino de Dios y se denuncian aquellos que lo rechazan» (Ibid., cap. 2,4)¹².

3.3. Solidarios hasta el martirio

En el examen de la realidad eclesial latinoamericana se destaca el testimonio y el profetismo: «La Iglesia, aun con sus debilidades y pecados, ha venido cumpliendo su *función profética* ante la sociedad como signo inteligible y creíble de justicia, de reconciliación, de paz y de amor. Hoy como ayer, la Iglesia *anuncia* con gozo pascual a Jesucristo, presencia personalizada del Reino, y ejerce con valentía el *cuestionamiento* de las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales de los sistemas y de las ideologías, que instrumentalizan a la población, en especial, a los más pobres» (Ibid., cap. 3,3.8).

A lo largo de todo el documento hay un reconocimiento agradecido y exultante de la realidad del *martirio* en la Iglesia latinoamericana. Esta visión quedó bastante difusa en el Documento de Santo Domingo. Afortunadamente podemos recuperar el tiempo perdido, a la luz del n. 37 de TMA. He aquí uno de los textos más hermosos al respecto: (La Iglesia latinoamericana) «es una *Iglesia martirial*: vivimos en una Iglesia de mártires y somos Iglesia martirial

¹² «Reino de Dios» es una categoría destacada en la *Secunda Relatio*, que enumera sus tres dimensiones:

«*Personal: la liberación del pecado personal, la gracia de Dios. Social e histórica: la liberación de los males estructurales, del pecado estructural, es decir, la implantación de la justicia histórica. Escatológica: la liberación de la muerte, es decir, la resurrección de los muertos y la vida eterna*» (Cap. 4, 4.1).

JUAN PABLO II dedica todo el Capítulo II de *Redemptoris Missio* para explicar este concepto. Allí leemos: «*Trabajar por el Reino quiere decir reconocer y favorecer el dinamismo divino, que está presente en la historia humana y la transforma. Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas. En resumen el Reino de Dios es la manifestación y la realización de su designio de salvación en toda su plenitud*» (n. 15).

y de perseguidos. Es la prueba fidedigna de que el Evangelio ha penetrado en las mujeres y en los hombres de nuestras comunidades, signada en la cruz y en la resurrección a causa del amor a Dios y a los hermanos» (Ibid., cap. 4,5)¹³.

En un breve apartado sobre la Nueva Evangelización, la *Secunda Relatio* afirma que ésta exige una «conversión radical, que implica el cambio de estructuras» (Ibid., cap. 4, 7.4).

El apartado siguiente, señala, entre los objetivos de la Nueva Evangelización, «la promoción de la 'cultura de la solidaridad' liberadora y fraterna». Vale la pena recoger la cita completa:

«No puede haber Nueva Evangelización sin una auténtica promoción humana, sin el respeto a la dignidad de la persona humana. En el diálogo respetuoso con las diferentes culturas presentes en el Continente será necesario reivindicar la pluralidad de culturas y enfatizar la construcción conjunta de una 'cultura de la solidaridad'. 'Solidaridad' significa: reconocer la existencia del otro diferente; respetar su dignidad; darle su derecho; compartir con él el sentido de la justicia. Construir esta cultura fundada en la justicia y en la solidaridad es construir la paz. Esa es la cultura de la solidaridad que surge del compromiso con Cristo, con el *proyecto de Cristo*» (Ibid., cap. 4, 7.5).

No podía faltar una sólida reflexión sobre la relación entre evangelización y promoción humana, que se apoya sobre todo en EN 31; RMI 59 y RH 15. Sigue a continuación el tema de «la Iglesia y la promoción humana», que se cierra con esta afirmación:

«No es un ideal de consumo o de abundancia simplemente material, sino la construcción de *la civilización del trabajo, de la solidaridad y del amor*, donde las

¹³ Según consta en nota al pie de página, el aporte viene sobre todo de Guatemala y Chile. Los Obispos de Guatemala han tomado muy en serio este punto. En febrero de 1995 entregaron una primera lista de mártires al Papa. En ella abundan nombres de indígenas y campesinos que servían a sus hermanos como catequistas o celebradores de la Palabra.

grandes mayorías tengan lo suficiente para llevar una vida digna de seres humanos y de hijos de Dios» (Ibid., cap. 4, 8.2).

Termina el capítulo con una breve reflexión sobre la *cultura cristiana*: «No se trata de edificar o volver al modelo de 'nueva cristiandad'. Sería un retroceso de la historia de la evangelización y una negación de la libertad en respuesta a la Revelación y una negación del pluralismo de la sociedad, que ya Puebla reconocía (DP 1206s)» (Ibid., cap. 4, 9.3.). Luego lo dice en positivo: «Cultura cristiana es el resultado de la Nueva Evangelización y de la inculcación del Evangelio» (Ibid., cap. 4, 9.4).

3. 4. Caminos para construir la “cultura de la solidaridad”

En la tercera parte, dedicada a las opciones y líneas pastorales, la *Secunda Relatio* presenta algunos desafíos de la realidad social. Uno de ellos es «el compromiso político, sobre todo de los fieles laicos, en la construcción y evangelización de la política, la economía, la comunicación social y demás realidades sociales» (Ibid., cap. 5, 1.1.7). ¿Por qué hemos fallado en esto? Porque «varios factores de carácter histórico, incluida una comprensión deficiente de la conversión individual, han traído como resultado la falta de presencia y de participación responsable de los cristianos en el mundo socio-político. El mensaje del Evangelio no ha calado a nivel de compromiso social, a pesar de haber salido de planteles católicos muchos de los dirigentes de los países (Ibid)».

Es significativo que en el apartado dedicado a exponer el contenido de la Evangelización, la *Secunda Relatio* ponga en primer lugar la Doctrina Social de la Iglesia; sigue luego la reflexión teológica, destacando el aporte positivo de la teología de la liberación (Cfr. Ibid., cap. 5, 3.4.1).

La opción fundamental es por la Civilización del Amor. En este capítulo se afirma que «la Iglesia debe comprometerse en la solución de los problemas económicos, sociales y culturales, como expresión de la *civilización del amor*, alentando la promoción de la justicia, la dignidad humana y la libertad, y buscando la

satisfacción de las necesidades vitales de todos los seres humanos. El objetivo es crear la *cultura de la solidaridad* (Ibid., cap. 5,3.5.5).

Esto es imposible sin la fuerza del Espíritu. Por eso, los obispos latinoamericanos proponen una espiritualidad eclesial, encarnada, contemplativa y orante de la realidad, martirial, esperanzada, centrada en la palabra de Dios, misionera y mariana (Cfr. Ibid., cap. 6, 1). Dicha espiritualidad implica varios aspectos: *el testimonio, la santidad, la unidad y la solidaridad* (Ibid.).

¿Por qué incluir expresamente la solidaridad? Porque «en una sociedad donde hay discriminación, pobreza, desunión, olvido de los débiles y, donde la dignidad de las personas se ofende con frecuencia, es importante que la Iglesia *se solidarice* con las víctimas de quienes siempre quieren tener la verdad y la razón. La Iglesia cumple este mandato de Jesús por el impulso del Espíritu» (Ibid.).

Debe ser una espiritualidad hasta el martirio, siguiendo los pasos de Jesús. Al evocar a los mártires de la Iglesia latinoamericana, “don de Dios a la Iglesia” (Ibid., cap. 6, 2), la *Secunda Relatio* se adelantó al Santo Padre, quien afirma que “al término del segundo milenio, *la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires*” (TMA, 37). El Papa añade, y nosotros le tomamos la palabra: “*Es un testimonio que no hay que olvidar*” (Ibid.)¹⁴.

La *Secunda Relatio* expresa la misma idea así:

“Como en los tiempos antiguos de la Iglesia, queremos hacer ‘acta de los mártires’: para no olvidar este testimonio; para que celebremos el día de su muerte, el ‘*dies natalis*’, que significa el día del verdadero

¹⁴ En el martirologio latinoamericano está en primera fila Monseñor Romero. El venerado Pastor, en medio de una historia de dolor, vivió y compartió con los pobres su fe inquebrantable en el Señor de la vida, la esperanza de ver realizada en El Salvador la realidad cristiana de unos cielos nuevos y una tierra nueva y una caridad no sólo anunciada sino encarnada en el destino de los pobres. Con ellos, desde ellos y para todos proclamó los grandes valores que Dios ha dado a la humanidad.

nacimiento; esperando que algún día sean oficialmente proclamados mártires ante la Iglesia universal" (Cap. 6, 2).

4. Hacia una pastoral de la solidaridad

Uno de los ponentes que intervinieron en Medellín durante la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano dijo que, mientras en la Iglesia primitiva se bautizaba a los convertidos, ahora tocaba convertir a los bautizados. Porque muchos cristianos no viven en coherencia con su fe, tenemos tantos signos de la insolidaridad. Es urgente, por tanto, emplearse a fondo en lo que podríamos llamar la *pastoral de la solidaridad*.

La propuesta que presentaremos a continuación se inspira en el Documento de Trabajo de la Cuarta Conferencia. Allí se asume expresamente *la pastoral fundamental* con este argumento: "Apreciaremos mejor la realidad eclesial si la vemos desde las mediaciones esenciales del pastoreo fundamental de Jesús que son normativas para la comunidad cristiana de todo tiempo: la mediación profética, la mediación de la comunión, la mediación celebrativa y la mediación diaconal" (n. 193). Dicho con términos técnicos, el triple ministerio incluye la pastoral profética, la pastoral litúrgica y la pastoral social¹⁵.

¹⁵ Los autores no se ponen de acuerdo sobre el concepto de teología pastoral. Puede compararse, por ejemplo, la opinión de CASIANO FLORISTÁN y M. USEROS (*Teología de la acción pastoral*, Ed. Católica, Madrid 1968) con la de un autor más reciente, M. SZENT MÁRTONI (*Introducción a la teología pastoral*), Verbo Divino, Estella 1994).

En cuanto a la pastoral fundamental, Floristán escribe:

"La práctica de Jesús es triple: proclama la buena noticia de la llegada del Reino (*martyría*), la liberación y libertad de los pobres y oprimidos (*diakonía*) y reúne en grupo a los discípulos (*Koinonía*). Estas tres acciones serán normativas para la *ekklesia postpascual*" (C. FLORISTÁN, art. *Acción pastoral, en Conceptos Fundamentales de Pastoral*, Cristiandad, Madrid 1983, p. 27).

4.1. El triple ministerio en el magisterio de Juan Pablo II

En la homilía pronunciada por Juan Pablo II el 22 de octubre de 1978, día en que inició solemnemente su ministerio pastoral como sucesor de Pedro, leemos:

«El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo -Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey- continúa en la Iglesia. Todos, todo el Pueblo de Dios es partícipe de esta triple *misión*» (citada en *Christifideles Laici*, 14).

Lo mencionó también en su primera encíclica, donde recuerda las enseñanzas del Concilio sobre la «realeza» del hombre, es decir, «sobre su vocación a participar en el ministerio regio-*munus regale*- de Cristo mismo» (*Redemptor hominis*, 16). La afirmación que sigue a continuación es de una actualidad indiscutible:

«El sentido esencial de esta 'realeza' y de este 'dominio' del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador, consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en *el primado de la persona sobre las cosas*, en la superioridad del espíritu sobre la materia» (Ibid.; la cursiva es mía. Cfr. Ibid., 21).

También habla de la participación en el triple ministerio de Cristo al referirse a la espiritualidad del trabajo (cfr. *Laborem exercens*, 24). Este triple ministerio profético, sacerdotal y real hay que vivirlo en una auténtica moral cristiana (cfr. *Veritatis Splendor*, 107). Para ello es muy importante la misión profética de la Iglesia, que se cumple en parte mediante el servicio del teólogo (cfr. Ibid., 109). Es interesante señalar la forma cómo la encíclica aplica el esquema del triple ministerio a los pastores (cfr. Ibid., 114); a ellos corresponde: anunciar la «respuesta» a la pregunta moral, mediante la enseñanza («*munus propheticum*»); «dispensar a los fieles los dones de gracia y santificación» («*munus sacerdotale*»); vigilar lo relativo a la doctrina moral cristiana («*munus regale*»).

La misma idea es formulada en la encíclica sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana:

«La evangelización es una acción global y dinámica, que compromete a la Iglesia a participar en la misión profética, sacerdotal y real del Señor Jesús. Por tanto, conlleva inseparablemente *las dimensiones del anuncio, de la celebración y del servicio de la caridad* (...). Así sucede también cuando se trata de anunciar el *Evangelio de la vida*, parte integrante del Evangelio que es Jesucristo» (*Evangelium vitae*, 78; cfr. *Tertio millennio adveniente*, 21).

Con tales antecedentes no es extraño que la formulación del tema del Sínodo de América responda a este esquema tan sugestivo e inspirador. Por eso me parece útil rescatar toda la potencialidad del dinamismo que lleva del encuentro con Jesucristo vivo a la solidaridad. Lo veremos en las conclusiones de Santo Domingo.

4.2. El triple ministerio en Santo Domingo

En la renovación de la parroquia pedida por Santo Domingo, tiene gran importancia el enfoque basado en el triple ministerio de Cristo. Sin embargo, los documentos del magisterio no explotan a plenitud esta potencialidad. Partiendo de mi intuición inicial, de que el tema del Sínodo de América puede traducirse en términos de triple ministerio, ofrezco las siguientes reflexiones.

El texto más explícito está en el n. 254 de Santo Domingo, donde enumera entre los desafíos que plantea la nueva cultura, el siguiente:

«Promover y formar el laicado para ejercer en el mundo su triple función: la *profética*, en el campo de la palabra, del pensamiento, su expresión y valores; la *sacerdotal*, en el mundo de la celebración y del sacramento, enriquecida por las expresiones, del arte, y la comunicación; la *real*, en el universo de las estructuras, sociales, políticas, económicas» (La cursiva es mía).



4.2.1. La palabra proclamada

“El profetismo ha constituido desde siempre la mediación primordial que hace accesible a la historia y al corazón de cada ser humano, el designio amoroso del Padre revelado al mundo” (*Documento de Trabajo*, 194).

Ante el hecho de tantos bautizados no convertidos «se impone, en el *ministerio profético* de la Iglesia, de modo prioritario y fundamental, la proclamación vigorosa del anuncio de Jesús muerto y resucitado (*Kerygma*; cfr. RMi 44), raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana y principio de toda auténtica cultura cristiana (cfr. Juan Pablo II, Discurso inaugural, 25)” (*Santo Domingo*, 33; la cursiva es mía). Nótese la similitud con el tema del Sínodo de América¹⁶.

Un enfoque semejante lo encontramos cuando, en el mismo número, se habla de otro aspecto del ministerio profético: la *catequesis*. Esta «debe nutrirse de la Palabra de Dios leída e interpretada en la Iglesia y celebrada en la comunidad para que al escudriñar el misterio de Cristo ayude a presentarlo como Buena Nueva en las situaciones históricas de nuestros pueblos» (Ibid.). El párrafo da pie a esa formulación tan sugestiva del triple ministerio en clave de palabra de Dios: la palabra *proclamada* (pastoral profética); la palabra *celebrada* (pastoral litúrgica); la palabra *hecha vida* (pastoral social). Santo Domingo se siente muy cómodo en este esquema.

Parte de este ministerio profético corresponde a *los teólogos*, cuya labor, en la realidad latinoamericana, «puede contribuir a la inculturación de la fe y la evangelización de las culturas (...), impulsa el trabajo en favor de la justicia social, los derechos humanos y la solidaridad con los más pobres» (Ibid.). Sin embargo, advierte Santo Domingo inmediatamente después, «no olvidamos que la función profética de Cristo es participada por todo el

¹⁶ “Característica del *Kerygma* es su forma concreta e histórica de ‘acontecimiento’ y ‘momento’ presente, el anuncio se hace salvación para quien lo acoge. Por medio del *Kerygma* se proclama eficazmente la presencia de la salvación en la comunidad: en otras palabras, el *Kerygma* hace presente en la comunidad a Cristo y construye así la comunidad misma como tal” (M. SZENT MÁRTONI, op. cit., p. 31).



‘pueblo santo de Dios’ y que éste la ejerce en primer lugar ‘difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y de caridad’ (LG 12) (Ibid.).

4.2.2. La palabra celebrada

“*La comunión* es el resultado inmediato de la Palabra proclamada que congrega en el nombre de Jesús, engendra para el amor fraterno y hace de los discípulos testigos del Señor” (*Documento de Trabajo*, 220)¹⁷.

“La comunidad cristiana *celebra* las maravillas del Dios que la salva en su historia mediante hechos, prodigios y palabras. Así se constituye en testigo permanente de la alianza que exige la vivencia del Reino en todas sus dimensiones” (Ibid., 240).

Con gran acierto el documento de Santo Domingo pone a continuación la celebración litúrgica, «cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia» y «fuente de donde mana toda su fuerza» (SC, 10). Pero no se trata de algo ahistórico y desencarnado, puesto que «el culto cristiano debe expresar la doble vertiente de

¹⁷ Se dice que uno de los grandes dones del Concilio Vaticano II fue la *eclesiología de comunión*, *Lumen Gentium* nos enseña que “la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la misión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (n. 1).

Para Juan Pablo II la Iglesia es misterio, comunión y misión (cfr. *Christifideles Laici*, Cap. I-III).

En la Relación Final de la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, el Cardenal Godfried Danneels escribe: “La *eclesiología de comunión* es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio” (II C,1). Y luego se pregunta qué significa la palabra comunión: “Fundamentalmente se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo. Esta comunión se tiene en la palabra de Dios y en los sacramentos” (Ibid.).

Por su parte, Floristán afirma: “El término neotestamentario *Koinonía*, en perfecta simbiosis con los vocablos *diakonía* y *leiturgia*, equivale paulatinamente al fundamento de la comunidad cristiana (...) que se centra en una relación de intimidad con Dios, realizada en Jesucristo por el don del Espíritu Santo” (C. FLORISTÁN, art. *Comunión*, en *Conceptos Fundamentales de Pastoral...*, p. 164s).



la obediencia al Padre (glorificación) y de la caridad con los hermanos (redención), pues la gloria de Dios es que el hombre viva. Con lo cual lejos de alienar a los hombres los libera y los hace hermanos» (*Santo Domingo*, 35).

Consecuente con esta visión, afirma que «la Liturgia es anuncio y realización de los hechos salvíficos (cfr. SC, 6) que nos llegan a tocar sacramentalmente; por eso *convoca, celebra y envía*» (Ibid.). Para añadir inmediatamente que la liturgia «sostiene el compromiso con la *promoción humana*, en cuanto orienta a los creyentes a tomar su responsabilidad en la construcción del Reino, 'para que se ponga de manifiesto que los fieles cristianos, sin ser de este mundo, son la luz del mundo' (SC 9). La celebración no puede ser algo separado o paralelo a la vida (cfr. 1P 1, 15) (*Santo Domingo*, 35). Pero estamos lejos de cumplir este ideal. Por eso se reconoce como un desafío pastoral el hecho de que la liturgia «no los hace conscientes (a los cristianos) de la presencia transformadora de Cristo y de su Espíritu ni se traduce en un compromiso solidario para la transformación del mundo» (Ibid., 43).

En coherencia con su concepción del ministerio profético y sacerdotal, Santo Domingo, señala, entre las líneas pastorales «*anunciar* de tal manera a Jesús que el *encuentro con él* lleve al reconocimiento del pecado en la propia vida y a la *conversión*, en una experiencia profunda de la gracia del Espíritu recibida en el bautismo y la confirmación» (Ibid., 46; la cursiva es mía).

La función profética de la Iglesia que anuncia a Jesucristo no debe perder de vista que «parte necesaria de toda predicación y de toda catequesis debe ser la *Doctrina Social de la Iglesia*, que constituye la base y el estímulo de la auténtica opción preferencial por los pobres» (Ibid., 50). De igual manera, «la celebración comunitaria debe ayudar a integrar en Cristo y su misterio los acontecimientos de la propia vida, *debe hacer crecer en la fraternidad y la solidaridad*» (Ibid., 52; la cursiva es mía).

4.2.3. La palabra hecha vida

«*Diaconía* es la palabra histórica que expresa la misión en las circunstancias concretas de la existencia. Por ella, las personas encarnan, en carismas y ministerios,



la vocación universal al servicio que la Iglesia ha recibido de Jesús" (*Documento de Trabajo*, 251)¹⁸.

Desgraciadamente, en Santo Domingo no encontramos un enfoque claro y preciso sobre el ministerio real («*munus regale*») de la Iglesia. Sin embargo, la idea aparece en diversos lugares. Tenemos, entre otros, el apartado dedicado a las «comunidades eclesiales vivas y dinámicas» (Ibid., 54-64) y en el que trata sobre «la unidad del Espíritu» y la «diversidad de ministerios y carismas» (Ibid., 65-120).

El primer apartado trata sucesivamente de la Iglesia particular, la parroquia, las comunidades eclesiales de base y la familia cristiana.

«La Iglesia particular está llamada a vivir el dinamismo de comunión-misión» (Ibid., 55). Se refuerza la idea con una preciosa cita de *Christifideles Laici*, 32: «la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí; se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la *comunión* representa a la vez la fuente y el fruto de la *misión*» (la cursiva es mía).

Aparece en forma más explícita la dimensión social de la pastoral al hablar de la parroquia, concebida como «profundamente insertada en la sociedad humana e íntimamente *solidaria* con sus aspiraciones y dificultades» (n. 58; la cursiva es mía). Esta «comunidad de comunidades y movimientos» (Ibid.)

¹⁸ En esta reunión el Documento de Trabajo incluye los siguientes puntos: los agentes evangelizadores y sus ministerios (nn. 252-279); los imperativos del anuncio en América Latina (nn. 280-299); y las estructuras de servicio (nn. 300-304).

P. Jurío sostiene que «la palabra *diaconía* es fundamental en el vocabulario del Nuevo Testamento: no es la única palabra para expresar la idea de servicio, pero sí la más común. Su significado primigenio se refiere al servicio de la mesa (P. JURÍO, art. *Diaconía* en *Conceptos Fundamentales de Pastoral...*, p. 230). Tanto el acontecimiento cristológico como el ministerio apostólico son entendidos como *diaconía*.

Encontramos el mismo enfoque en el Concilio: «Este encargo que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio y en la Sagrada Escritura se llama muy significativamente *diaconía*, o sea ministerio» (LG, 24).

-expresión que muchos cuestionan por el añadido «movimientos»- tiene «la misión de evangelizar, de celebrar la liturgia, de impulsar la promoción humana, de adelantar la inculturación de la fe» (Ibid., 58). Notemos cómo este breve texto logra integrar las tres dimensiones del ministerio de Jesucristo. En la misma perspectiva, se afirma que la comunidad eclesial de base «está llamada a vivir como comunidad de fe, de culto y de amor» (Ibid., 61). El Papa las ve como «punto de partida válido para una nueva sociedad fundada sobre la civilización del amor» (RMI, 51) (Ibid.).

El siguiente apartado describe el ser y quehacer de los distintos agentes de pastoral. Hagamos un rápido recorrido.

Los ministros ordenados, como el Buen Pastor «queremos ser testigos de solidaridad con nuestros hermanos» (*Santo Domingo*, 75). A propósito de los diáconos permanentes los obispos se comprometen a estimular «la corresponsabilidad de todos para una cultura de la reconciliación y la solidaridad» (Ibid., 77). La vida consagrada, por su experiencia testimonial, «ha de ser siempre evangelizadora (...) para que los pobres y los más olvidados sientan la cercanía de la solidaridad fraterna» (Ibid., 85). La mujer consagrada, «contribuye a impregnar de Evangelio nuestros procesos de promoción humana integral» (Ibid., 90).

4.2.4. El ministerio real (“munus regale”) de los laicos

Puesto que los laicos tienen como característica propia el carácter secular, es en este apartado donde encontramos una reflexión más amplia de parte de la Cuarta Conferencia, comenzando por el tantas veces citado n. 96, que recoge una permanente preocupación del CELAM: la falta de una presencia impactante de los laicos en areópagos modernos tan importantes como «el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación». La consecuencia es alarmante: estos ambientes «no son guiados por criterios evangélicos», lo cual da como resultado «la incoherencia que se da (en los laicos) entre la fe que dicen profesar y el compromiso real en la vida (cfr. DP 783)” (Ibid.).

En respuesta a tan colosal desafío, los pastores del Continente proponen esta línea pastoral: «Evitar que los laicos reduzcan su

acción a lo intraeclesial, impulsándolos a penetrar los ambientes socioculturales y a ser en ellos protagonistas de la transformación de la sociedad a la luz del Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia» (Ibid., 98). A su vez, los Obispos confiesan su parte de culpa al reconocer que «los laicos no son siempre adecuadamente acompañados por los pastores en el descubrimiento y maduración de su propia vocación» (Ibid., 96), asumen «como objetivo pastoral inmediato, impulsar la preparación de laicos que sobresalgan en el campo de la educación, de la política, de los medios de comunicación social, de la cultura y del trabajo» (Ibid., 99).

Otra línea prioritaria es la de ser una Iglesia en la que los laicos sean protagonistas. Impulsar este protagonismo es indispensable si reconocemos «la importancia de la presencia de los laicos en la tarea de la Nueva Evangelización, que conduce a la promoción humana y llega a informar todo el ámbito de la cultura con la fuerza del Resucitado» (Ibid., 103).

Hay también una palabra para los movimientos y asociaciones de Iglesia, al recordarles, -con palabras del Papa- «que han de estar coordinados en la pastoral de conjunto y que responden a la necesidad de una mayor presencia de la fe en la vida social» (*Discurso inaugural*, 27).

Por supuesto, no podían quedar en el olvido los jóvenes. Ellos y ellas, con la franqueza que les caracteriza, han planteado a sus pastores «el desafío de acompañarlos en sus caminos de crecimiento en la fe y trabajo eclesial y preocupaciones de transformación necesaria de la sociedad por medio de una pastoral orgánica» (Santo Domingo, 112).

Esto supone impulsar una pastoral «que dinamice una espiritualidad del seguimiento de Jesús que logre el encuentro entre la fe y la vida, que sea promotora de la justicia, de la solidaridad y que aliente un proyecto esperanzador y generador de una nueva *cultura de vida*» (Ibid., 116). La pastoral juvenil debe, por tanto, favorecer procesos educativos de adolescentes y jóvenes que «los sensibilicen y comprometan a responder a los retos de la promoción humana, de la *solidaridad* y de la construcción de la *civilización del amor*» (Ibid., 120). Notemos, de paso, la terminología tan actual empleada aquí, que anuncia



ya esa identificación que, en el lenguaje pontificio, se va marcando cada vez más claramente entre «cultura de la solidaridad» y «civilización del amor»¹⁹.

¹⁹ Uno de los autores que más ha estudiado el tema es HERVÉ CARRIER, quien nos dice que la expresión “civilización del amor” fue empleada por primera vez por Pablo VI, el 17 de mayo de 1970, día de Pentecostés: “Lo que Pentecostés inauguró es la *civilización del amor* y de la paz, y todos sabemos lo necesitado que está nuestro mundo, todavía hoy, de amor y paz” (más detalles en *Una civilización del amor, ¿proyecto utópico?*, Instituto Mexicano de Doctrina Social cristiana, México 1990, nota 1, p. 3). Ver también, del mismo autor, el artículo *Civilización del amor en Diccionario de la Cultura*, Verbo Divino, Estella 1994, p. 120-123). El artículo concluye con estas palabras de Juan Pablo II al Consejo Pontificio de la Cultura: “La Iglesia respeta todas las culturas y no impone a ninguna su fe en Jesucristo; pero invita a todas las personas de buena voluntad a promover una verdadera *civilización del amor*, basada en los valores evangélicos de la fraternidad, de la justicia y de la dignidad para todos”. (SRS, 33; RMi, 51; EV 6, 27,77,100,101,105). La reflexión más reciente la encontramos en “*Tertio Millennio Adveniente*”: “será oportuno afrontar la vasta problemática de la *crisis de civilización*, que se ha ido manifestando sobre todo en el Occidente tecnológicamente más desarrollado, pero interiormente empobrecido por el olvido y la marginalidad. A la crisis de civilización hay que *responder con la civilización del amor*, fundada en los valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización” (n. 52).

Todo el n. 8 del *Mensaje* de Puebla “a los pueblos de América Latina” está dedicado a la civilización del amor.

La expresión ha sido tremendamente movilizadora en el campo de la pastoral juvenil animada por el CELAM en el Continente. Fruto de este dinamismo juvenil es el extraordinario libro *Civilización del amor, tarea y esperanza* (CELAM, Colección SEJ, 9, Bogotá, 1995). El mismo contiene “Orientaciones para una pastoral juvenil latinoamericana”. En relación con nuestro tema es particularmente valioso el capítulo II titulado *Civilización del amor* (pp. 145-174). En él se describe esta propuesta del Papa y se presentan sus características, para luego enumerar los valores que implica, los antivalores que rechaza y las primacías que demanda.

En el camino hacia el Gran Jubileo del 2000, el Papa nos invita a un compromiso progresivo: la cultura de la vida (1997), la solidaridad (1998), la opción preferencial por los pobres (1999). Como resultante de este caminar, tendremos en el 2000 el tema de la civilización del amor.



5. Jesucristo, camino para la solidaridad

El Sínodo de América se inscribe como un momento importante en el caminar de la Iglesia hacia el Gran Jubileo del año 2000. Su mismo tema, tan decididamente cristológico, nos lleva naturalmente a concluir este artículo poniendo nuestros ojos en Jesucristo: él, con su vida y su doctrina, nos muestra el camino de la solidaridad. Para ello tomaremos como guía el libro preparado por el Comité Central del Jubileo: *Jesucristo, Salvador del mundo* (15).

En el capítulo, titulado *Actualidad y significado de la salvación en Jesucristo*, se exponen los cuatro aspectos más relevantes de la salvación cristiana, los cuales corresponden a los elementos que componen el tema del Sínodo de América. Son los siguientes: 1) experiencia de comunión personal con Cristo; 2) experiencia de comunión en la Iglesia; 3) experiencia de la existencia recreada; y 4) experiencia de la auténtica ortopraxis. El último de estos elementos es el que se refiere directamente a nuestro tema.

5.1. Encuentro con Jesucristo, camino de conversión y comunión

Leemos en el libro del Comité Central: "Jesús es Verdad, pero también es Camino y Vida (cfr. Jn 4,6). La tradición cristiana ve en armonía la ortodoxia y la ortopraxis, la recta profesión de la fe y la actuación concreta en la acción" (*Jesucristo, Salvador del mundo*, p. 155). Y continúa: "El primer criterio experiencial que surge de la narración de la historia de Jesús es el *encuentro personal* con él. El relato de la historia de Jesús hoy llega a ser historia de vida de cada cristiano con él" (Ibid., p. 156; la cursiva es mía).

Completa la reflexión comentando el encuentro de los dos discípulos de Juan con Jesús: "Maestro, ¿dónde vives?" (Jn 1, 38): "El quedarse los discípulos con El no se limitó al día de la llamada sino que se extendió a toda su vida" (Ibid., p. 157).

Veamos el segundo elemento: la *comunión*. "En su existencia terrena, Jesús llamó a los discípulos a 'vivir' con El, invitándolos

a su 'seguimiento', a su 'imitación' y a la plena 'comunión' y 'co-división con El en la oración, en el apostolado y en el sacrificio de la cruz" (Ibid.). Esta "comunión con Jesús es comunión con el Padre: 'Yo estoy con mi Padre, y vosotros conmigo, y yo con vosotros' (Jn 14,20)" (Ibid., p. 158).

Pero el bautizado no se queda embozado en la experiencia de Dios, olvidándose de sus hermanos: "La incorporación a Cristo pone al cristiano en relación íntima con las personas trinitarias y, al mismo tiempo, establece una nueva relación con los hombres" (Ibid., p. 160). Y añade como conclusión: "Insertados en la comunión de vida trinitaria, los cristianos viven en unión, comunión y condivisión de bienes (todos son coherederos), independientemente de la nación, raza, condición social y sexo (cfr. Gál 3,28)" (Ibid., p. 161).

Esto tiene consecuencias prácticas también hoy: "El cristiano unido y conformado con Cristo es el anuncio más creíble de Jesús: el rostro bueno de Madre Teresa de Calcuta muestra, mejor que cualquier otra palabra, el rostro esplendoroso de Jesús. El cristiano transformado por la caridad de Cristo es el mejor mensajero de su misterio salvífico" (Ibid., p. 164s).

Es obvio, pues, que no se puede separar convicción y acción: "El seguimiento es opción fundamental cuando la experiencia de Cristo orienta el actuar práctico del cristiano como fatigosa y cotidiana armonía entre convicción de fe y acción (...). Es, por tanto, vivir la vida 'con Jesús', según los 'criterios de Jesús', y, en consecuencia, según la fe, la esperanza y la caridad, y no según los criterios del egoísmo, de lo útil y de la sola racionalidad" (Ibid., p. 165). En otras palabras, el encuentro con Cristo vivo es siempre *camino de conversión*..

5.2. Jesucristo, camino para la solidaridad

¿Se puede estar en comunión con Cristo y vivir indiferente a la suerte de los hermanos? Por supuesto que no. Así lo aprendemos al ver al contemplar a Jesús en oración. Para él, "estarse con Dios no significa huir de los hermanos sino estar con ellos con la misma bondad, misericordia y condescendencia del Padre. La

intimidad con el Padre llega a ser cercanía salvífica y misericordiosa con el prójimo hasta el sacrificio supremo" (Ibid., p. 171). Esta es la forma más sublime de solidaridad.

El manual preparado por el Comité Central del Gran Jubileo para el año de Jesucristo, nos regala esta bella síntesis:

"Cristo, *celebrado y vivido*, llega a ser tiempo y espacio humano, historia y cultura, lenguaje y actitud, tradición y desarrollo. La vida religiosa de los cristianos llega a ser síntesis cultural. Surge una *nueva cultura* capaz de levantar y transformar las otras culturas humanas y religiosas hacia la *civilización del amor*" (Ibid., p.173).

Esta "inculturación cristológica" tiene dos expresiones que traducen perfectamente lo que hemos llamado *cultura de la solidaridad*: son, respectivamente, la *cultura de la esperanza* y la *cultura de la vida*. La crisis de la esperanza tiene, entre sus síntomas más nocivos, "la pobreza casi irreversible de continentes enteros, la *poca atención a la solidaridad* hacia los necesitados y oprimidos..." (Ibid., p. 175); (la cursiva es mía).

Ante esta realidad la Iglesia propone como respuesta a Jesucristo y su mensaje: él es el *principio 'esperanza'* (Cfr. Ibid., p. 176). El Papa, el gran profeta de la esperanza en el mundo de hoy, "invita a los cristianos no sólo a poner gestos de esperanza, sino también a valorar los signos de esperanza presentes en el mundo de hoy. Entre esos signos, *Tertio Millennio Adveniente* menciona "la *voluntad de reconciliación y de solidaridad* entre los diversos pueblos, en particular en la compleja *relación entre el Norte y el Sur* del mundo" (n. 46; la cursiva es mía).

La *cultura de la esperanza* está íntimamente ligada a la *cultura de la vida*. Tomemos de nuevo el precioso subsidio preparado para el Año de Jesucristo:

"Vivir en la esperanza es acoger, defender, proteger y ofrecer la vida. En un mundo que parece despreciar, desear, deshechar, humillar y matar la vida, el cristiano está llamado a reanunciar a Cristo, 'La Palabra de Vida' y su 'Evangelio de la Vida' (*Jesucristo...*, p. 178).

Pero, ¿de qué vida hablamos?:

“El Evangelio de la Vida es una realidad concreta y personal, porque consiste en el anuncio de la persona misma de Jesús” (Ibid.).

En lo referente a nuestro tema, acoger la vida es tener “una actitud de compasión hacia los necesitados, para contrastar una cultura cada vez más dura, despiadada, fría, promotora de guerras, tensiones, odio, violencia, división y muerte”. (Ibid., p. 179).

Eso fue lo que hizo Jesús: “La Buena Nueva del reino, predicada y proclamada por Jesús, fue la victoria sobre el mal físico, psíquico y espiritual. A los discípulos de Juan, enviados para cerciorarse sobre su identidad, Jesús les responde: ‘Id y anunciad a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia (Mt 11, 4-9)’. (Ibid., p. 83).

Es impresionante su actitud hacia los pobres, los marginados y los pecadores:

“Para él la cercanía del Reino era la proximidad salvífica de Dios hacia todos los marginados de su tiempo, víctimas del rechazo, de la segregación, de la desigualdad, de la injusticia, del pecado y del mal” (Ibid., p. 84).

Cuando se crea una cultura de la esperanza y de la vida, surge una nueva civilización. Con palabras de Pablo VI la llamamos la *civilización del amor*. Para describirla, tenemos que acudir a la *Carta a Diogneto*, que califica a los cristianos como *alma del mundo*. ¿Cómo puede resumirse su modo de vida, cuando se han encontrado realmente con Jesucristo vivo?:

“Viven en la carne, pero no según la carne. Pasan la vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen las leyes establecidas, pero con su tenor de vida superan las leyes. Aman a todos y de todos son perseguidos (...). Por decirlo en una palabra, los

cristianos están en el mundo como el alma en el cuerpo”
(citado Ibid., p. 18l).

Así es como se construye la solidaridad: desde la opción radical por Jesucristo, único Salvador del mundo.

Dirección del Autor:

Calle San José y Avenida Las Américas

Urb. Isidro Menéndez

Apartado Postal 2253

San Salvador

EL SALVADOR